LA ETERNIDAD DE UN DÍA

CLÁSICOS DEL PERIODISMO LITERARIO ALEMÁN (1823-1934)

PRÓLOGO, SELECCIÓN, NOTAS
Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE
FRANCISCO UZCANGA MEINECKE

BARCELONA 2016 ACANTILADO

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

En la cubierta, vendedora de periódicos en Berlín (*c.* 1908-1919)

ISBN: 978-84-16748-01-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 10 648-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2016*

CONTENIDO

EL ARTE DE CONVERTIRSE EN UN ESCRITOR ORIGINAL EN TRES DÍAS
(1823)

Hay personas y escritos que ofrecen instrucciones para aprender latín, griego o francés en tres días, contabilidad incluso en tres horas. Pero a nadie se le ha ocurrido todavía enseñar cómo puede uno convertirse en tres días en un escritor bueno y original. ¡Y eso que es tan fácil!

No hay nada que aprender, más bien desaprender mucho; no hay que experimentar nada nuevo, basta con olvidar algunas cosas. Tal como está hoy el mundo, las mentes de los eruditos—y por ende también sus obras—semejan esos viejos manuscritos a los que primero hay que raspar las aburridas disputas de los Padrastros de la Iglesia o las disparatadas digresiones de un monje para descubrir debajo a un clásico latino. Los pensamientos sublimes son congénitos a todas las mentes humanas, y también los pensamientos originales, porque con cada persona que nace se vuelve a crear el mundo; pero la vida y la escuela los acaban recubriendo con sus bagatelas. Uno se puede hacer una idea aproximada del estado de la cuestión si tiene en cuenta lo siguiente. Reconocemos un animal, una fruta o una flor a través de su imagen real; se nos aparecen tal como son. ¿Se podría sin embargo identificar una perdiz, un arbusto de frambuesa o una rosa si sólo conociéramos el paté de perdiz, el zumo de frambuesa y el perfume de rosas? Pues esto sucede con la ciencia, esto pasa con todas las cosas que asimilamos a través del intelecto y no de los sentidos; se nos presentan elaboradas y transformadas, e ignoramos qué aspecto tienen en estado crudo y desnudo.

La opinión es la cocina en la que se degüellan, desplu-

man, despedazan, guisan y condimentan todas las verdades. Nada escasea más que los *libros sin juicios*, es decir, libros que contienen *cosas* y no meras opiniones. Son muy pocos los escritores originales, y los mejores de ellos se diferencian de los no tan buenos en mucha menor medida de lo que cabría esperar tras un cotejo superficial. Uno se arrastra, el otro corre, uno cojea, otro baila, uno va en coche y el otro cabalga hasta su meta; pero la meta y el camino son los mismos para todos. Los pensamientos altos y novedosos sólo se conquistan en soledad; pero ¿cómo se conquista la soledad? Uno puede huir de los hombres, pero queda atrapado en el tumultuoso mercado de los libros; uno puede desembarazarse de los libros, pero ¿cómo se saca de la cabeza todos los conocimientos convencionales adquiridos en la escuela? Para lograr convertirse en un ignorante es esencial practicar el bello y verdadero arte de educarse a uno mismo; pero es éste un arte que se practica rara vez, y casi siempre con suma torpeza. Así como por cada millón de personas hay apenas mil pensadores, por cada mil pensadores sólo se halla uno que piensa por él mismo. Un pueblo es como un puré al que sólo el cazo da forma; lo duro y sólido se encuentra únicamente en la costra del fondo, en la capa más baja del pueblo; en el resto sigue siendo puré, y aunque extraigamos una porción de él con una cuchara dorada no por ello se convertirá la cucharada en algo distinto de lo que queda en el cazo.

El verdadero afán científico no es un viaje de descubrimiento colombino, es una odisea. El hombre nace en parajes extraños, vivir significa buscar un hogar, y pensar es vivir. Pero la patria de los pensamientos es el corazón; de esta fuente tiene que sacar el agua quien la quiera beber fresca; el intelecto es una corriente que fluye, un río enturbiado por miles de personas que se bañan en él, chapotean, se lavan y sumergen cáñamo en sus aguas. El intelecto es el bra-

zo; el corazón, la voluntad; la fuerza se puede entrenar, desarrollar, pero ¿de qué sirve la fuerza sin el valor para utilizarla? Reprimimos nuestros pensamientos por vergüenza y cobardía. Sobre ellos ejerce más presión la censura de la opinión pública que la de la autoridad. Para ser mejores de lo que son, a la mayoría de los escritores no les falta intelecto, les falta carácter.

Esta carencia es consecuencia de la vanidad. El artista, el escritor, quiere descollar sobre sus semejantes, pretende superarlos; pero para superar a alguien se necesita primero situarse a su altura, para adelantarlo se tiene que enfilar su mismo camino. De ahí que los buenos escritores tengan tanto en común con los malos: el bueno lleva al malo dentro de sí, sólo que él es algo más; el bueno va por el mismo camino que el malo, sólo que unos pasos por delante. Quien atiende a su voz interior en vez de al vocerío que llega del mercado, quien tiene el valor de divulgar aquello que le ha enseñado su corazón resultará siempre original. La franqueza es el origen de toda genialidad, y los hombres serían más lúcidos, más ingeniosos, si fueran más honestos. Y ya estamos en las instrucciones de uso prometidas al principio. Tomad unos folios y escribid ininterrumpidamente durante tres días, sin falsedad ni hipocresía, todo lo que se os pase por la cabeza. Escribid lo que pensáis de vosotros mismos, de vuestras mujeres, de la guerra con los turcos, del proceso criminal a Fonk,[1] del Juicio Final, de vuestros superiores; y una vez transcurridos esos tres días os quedaréis pasmados de la cantidad de ocurrencias inauditas que habéis tenido. En esto consiste el arte de convertirse en tres días en un escritor original.

[1] Proceso que tuvo lugar en 1822 contra el comerciante de Colonia Peter Anton Folk, acusado de asesinato, y que suscitó gran interés entre la opinión pública.

❧

HEINRICH HEINE
(DÜSSELDORF, 1797 – PARÍS, 1856)

Heine procedía de una familia judía de comerciantes de tela establecida en Düsseldorf. Acudió a la escuela en su ciudad natal y se formó luego como empleado de banca, primero en Hamburgo y más tarde en Fráncfort, al amparo de su tío Salomon Heine, un rico banquero. Tras iniciarse sin fortuna en el mundo de los negocios se matriculó en la carrera de Derecho, que cursó en las universidades de Bonn, Gotinga y Berlín, si bien prefería asistir a las clases de filosofía de Hegel y escribir poemas y dramas, así como artículos que publicaba en la prensa. Pronto aparecieron sus primeros libros: *Poesías* (1821) y *Tragedias y un Intermezzo lírico* (1823). En 1825 se convirtió al protestantismo—«el billete de entrada a la cultura europea»—y un año después publicó *El viaje por el Harz*, con el que alcanzó gran éxito, aunque su consagración le llegaría tras la edición del poemario de resonancias románticas y populares *Libro de los cantares* (1827). Durante los años siguientes viajó por el mar del Norte, Inglaterra e Italia, y trazó sus impresiones en sucesivos *Cuadros de viaje*, que irían apareciendo entre 1827 y 1831. Frustrado por la represión política y la censura reinantes en su país, y desalentado también ante la falta de perspectivas profesionales—su origen judío le cerraba las puertas de la administración y de la universidad—, decidió en 1831 establecerse en París. Aquí trabajó de corresponsal para los diarios *Morgenblatt* y *Augsburger Allgemeine Zeitung*, y escribió folletines y ensayos sobre la situación en Alemania destinados al público francés. Fue asiduo de los salones donde se reunían

artistas como Honoré de Balzac, Alexandre Dumas, Victor Hugo, George Sand, Hector Berlioz, Frédéric Chopin o Franz Liszt. Sus inquietudes políticas le llevaron a establecer contacto con Karl Marx, aunque se sentía más próximo al socialismo utópico saintsimonista. En 1834 conoció a la vendedora Crescence Eugénie Mirat, con la que se casó en 1841. Junto a la labor periodística y ensayística—en la cual destacan *Historia de la religión y la filosofía en Alemania* (1835), *La escuela romántica* (1836) y *Los dioses en el exilio* (1854)—, Heine cultivó también la prosa de ficción: *De las memorias del señor de Schnabelewopski* (1834), *Noches florentinas* (1837) y *El rabino de Bacherach* (1840). Pero su principal vocación siguió siendo la poesía: en 1843 salió a la luz la epopeya satírica *Atta Troll* y en 1844 *Nuevos poemas*, una recopilación que entremezclaba la lírica sensual con la poesía política. En *Romanzero* (1851) se filtraba ya el pesimismo y la resignación de sus últimos años, defraudado por el fracaso de la Revolución de 1848 y afectado por una enfermedad degenerativa que lo mantuvo postrado, medio ciego y casi paralítico en lo que él llamó la *Matratzengruft*, la 'tumba del colchón'. Murió en París el 17 de febrero de 1856.

Las colaboraciones que enviaba Heine desde París a la prensa alemana fueron muy a menudo confiscadas y objeto de censura—él mismo dijo en 1848 que ya no sabría escribir sin censura—, pero ello no impidió que alcanzaran una enorme resonancia. Y es que el poeta que encumbró y enterró el Romanticismo, el escritor satírico, subversivo y desgarrado que abrió las puertas a la modernidad, revolucionó también el periodismo de la época y elevó el folletín a la categoría de obra de arte. En el texto que presentamos aquí Heine recrea un concierto de Paganini al que asis-

tió en agosto de 1830 en Hamburgo. Algunos testigos afirman que a Heine le impresionó el violinista genovés, aunque no pudo ocultar sus celos por la fascinación que ejercía sobre el público: como si quisiera competir con el genial músico—al que se le atribuía incluso un pacto con el diablo—, Heine celebró en esta semblanza su propio virtuosismo con el lenguaje. El artículo fue publicado en mayo de 1836 en la revista de Stuttgart *Morgenblatt* e incluido en *Noches florentinas*.